

Concepción Menéndez Elena. La vida de una bilbaína marcada por la guerra y el exilio en la URSS

Sra. Dña. Mariola Fernández andrea

El presente artículo entraría a formar parte dentro del apartado específico de la memoria histórica. En éste narraremos la vida de una joven bilbaína, hija de la ilusión republicana, sobre la que cayó el exilio a la URSS, durante 40 largos años. Yo me limitaré a poner por escrito su memoria, sus palabras y sus recuerdos. Con la peculiaridad de que esa mujer fue mi abuela materna. Conoceremos más de cerca las circunstancias políticas sociales que le empujaron al exilio, detalles sobre éste en primera persona, circunstancias en las que se produce el retorno, la vida de nuevo aquí...etc. Todo ello enmarcado en el ámbito de Bilbao, ámbito del que apenas existen estudios concretos. También incluiré documentación y fotografías inéditas.

Palabras clave: Bilbao, guerra civil,, memoria, exilio, URSS

Artikuluia oroimen historikoaren atal espezifikoa sartzen da. Bilboko emakume gazte baten bizitza, Errepublikaren ilusioaren alaba batena, SESBen 40 urte luzez erbesteratuta egon zen batena kontatuko dugu. Nik bere memoria, hitzak eta oroitzapenak idatzi besterik ez dut egingo. Baina bitxikeria moduan, emakume hori nire amama izan zen. Erbestera bultzatu zuten gertaera politiko eta sozialak bertatik bertara ezagutuko ditugu, erbestealdiari buruzko zehetasunak lehen pertsonan, nola itzuli zen, hemen berriro bizitzea, e.a. Hori guztia Bilbon, ikerketa zehatzik eginda ez duen lekuan. Argitaratu gabeko dokumentuak eta argazkiak erantsiko ditut.

Hitz gakoak: Bilbao, gerra zibila, memoria, atzerria, URSS

Concepción Menéndez Elena. The Life of a Bilbao Woman marked by the War and Exile

This article forms part of the specific section of historical memory. In it we narrate the life of a young Bilbao woman, daughter of an illustrious republican, who experienced exile in the USSR for forty years. The article records her memory, her words and her recollections. This woman was the maternal grandmother of the author of the article. We come to know the social and political circumstances that forced her into exile, first hand details of her exile, the circumstances under which her return took place, her new life after her return, etc. All of this framed in the area of Bilbao, an area about which there barely exist concrete studies. Unpublished documents and photographs are included.

Key words: Bilbao, Civil War, memory, exile, URSS

1.

He decidido sacar a la luz esta historia, porque es justo que se sepa, sobre quienes cayó, como señala Juana Salavert¹, implacable y sórdida, la ira de los vencedores, y porque poniendo por escrito su memoria, su valentía y su resistencia, las voces de todas estas personas que sufrieron la represión vuelven a sonar de nuevo. Es grave desconocer la propia historia, la historia de tantos y tantos abuelos y abuelas anónimos que han callado durante toda su vida, y que vieron su infancia y juventud pulverizada, sus sueños truncados y en consecuencia nuestra propia historia. Esto es un homenaje a la memoria histórica. Su memoria y la dignidad con la que lucharon por un mundo mejor, pertenecen a un camino que no dejaremos de recorrer hasta que se haga justicia, y la única justicia posible hoy, es la del recuerdo.

Conchita, como la llamaban en familia, nació en casa, concretamente en el número 10 de la calle Ledesma de Bilbao, un siete de junio de 1915. Hija de Baldomero y Ana, de origen asturiano el primero y malagueña la segunda, se conocieron y casaron en Bilbao. Bilbao fue el lugar de encuentro para ambos porque Baldomero se trasladó desde Madrid, para trabajar en el Banco de España, y el de Ana, porque debido al oficio de su padre, carabinero, andaban constantemente viajando. Conchita fue bautizada en la parroquia de San Vicente, parroquia en la que también se casaron sus padres, teniendo como padrinos al ilustre D. Santiago García Rivero y a su tía abuela Concha Elena. Fue la mayor de tres hermanos, llamándose los otros dos Andrés y Joaquín.

Conchita comenzó el parvulario en la escuela de Berásteguí, para continuar sus estudios en el colegio privado que dirigía Dña. María de Maeztu, en la calle Barroeta. Allí empezó a estudiar piano, continuando sus estudios bajo la dirección de la magnífica concertista Clara Bernal. Al tiempo que se proclamó la República, se matriculó en la “Escuela de Artes y Oficios” en los llamados “Cursos de Ampliación de la Enseñanza”, así como en lengua francesa, lengua en la cual obtuvo la calificación de matrícula de honor. Cuando empezó la guerra, iba a comenzar a estudiar composición animada por el maestro Guri-di, el cual le había impartido clases de armonía en el Conservatorio.

Una persona que influyó sobremanera en la forma de pensar de Conchita, fue su tío materno Joaquín Galain. Personaje muy singular, que había pasado su infancia en Cuba, abogado de profesión, ejercía ésta en un despacho de Bilbao. Fue liberal y participó en el Sitio. También tocaba el piano, era un gran lector, aficionado a la ópera y organizador de tertulias en la trastienda de la armería que poseía la familia en la Plaza Nueva. También su tía abuela ejerció gran influencia sobre ella. Ésta, era miembro del “Círculo Republicano” y

¹ Salavert, Juana.: *Hijas de la Ira. Vidas rotas por la guerra civil*, Plaza Janes, Barcelona, 2005, pp 14.

le gustaba mucho la política (aún anda por casa “El Gadeón”, revista satírica sobre los políticos de la época, que ella coleccionaba). Ella llevó a su sobrina a la Asociación, pero a ésta todavía el mundo de la política no le llamaba demasiado. Años después se afiliaría a “Mujeres Socialistas”.

Baldomero, el padre de Conchita, compaginaba su trabajo en el Banco, junto con el de taquillero del “Teatro Campos”, pues había que mantener a la familia y pagar los estudios de los hijos. Gracias a este segundo empleo, la familia podía disfrutar además de todas las obras de teatro y zarzuelas que por allí pasaban, conocer a los artistas y cupletistas, personajes de renombre... Con el comienzo de la guerra, al padre le prohibieron disponer del segundo empleo y su hija se quedó con la taquilla. Este acontecimiento también marcó su vida en cierto modo, pues allí conoció a uno de los acomodadores, que militaba en el partido de comunista y éste le hablaba de Rusia y de la Revolución; también el que cuidaba las calderas (que de día ejercía de fotógrafo ambulante), estaba aprendiendo esperanto, y era aficionado al morse, actividades por las cuales Conchita también llegó a interesarse. Todo iba muy deprisa y era difícil saber el verdadero camino. Entre sus amistades, unos eran de Lerroux, otros de “Acción Vasca”...

2.

El Golpe de Estado de Franco la cogió en Santander, pues los veranos solían pasarlos con sus abuelos y tías. Todo empezó a caer. Bombardearon Bilbao... Aparecieron sus hermanos indignados y furiosos, con los trajes quemados, pues habían estado ayudando a apagar los incendios producidos por las bombas. Seguidamente se alistaron como voluntarios con diecinueve y diecisiete años respectivamente. Concha hacía jerséis para el frente. La vida empezó a pasar prácticamente en el refugio. Recogía a los niños de los vecinos tomaba una tableta de chocolate para superar el miedo y corrían todos hacía el refugio de la calle Buenos Aires (actualmente edificio de “La Telefónica”). Unos días después, la familia se tuvo que ir a vivir al edificio del Banco de España, pues las bombas se habían llevado el mirador y varios cristales de la casa. Entonces dejaron el refugio anterior y empezaron a esconderse en la caja fuerte del Banco.

Un día les avisaron que el mayor de los hermanos estaba en el hospital, no estaba herido, sólo agotado. En Sollube lo habían dado por muerto. Pasó por allí el batallón de su primo del que era capitán y lo recogieron. La armería fue asaltada supuestamente por “los rojos” pero en ella no había armas, estaban en el cuartel de la Guardia Civil, ya que las vendían por catálogo. Les robaron casi todo. Empezó entonces a barajarse la idea de irse a Rusia. Se apuntó. Era su gran ilusión, conocer otro mundo, otro modo de vida, el futuro... volvería pronto, cuando todo hubiera pasado. Luego resultaron ser vein-

te largos años. Su hermano mayor murió después de la guerra al ser capturado y llevado a un campo de trabajo. Él jamás había pegado un tiro a nadie, era de los que llevaban las comidas. Concha siempre recordaba la última vez que lo vio: “*Bajaban por la calle Buenos Aires camino del frente, estaba lloviendo y las gotas le caían por la borla del gorro hasta la nariz. Se saltó las filas para darle un beso, fue su último beso*”. El hermano pequeño fue detenido y tuvo que ingresar en las filas nacionales, pero en cuanto tuvo la primera oportunidad pasó de nuevo a las filas republicanas. Después le metieron en un campo de concentración en Francia. Gracias a algunas amistades le trajeron de nuevo a España. Al padre también le metieron en la cárcel por haber entregado supuestamente las armas a los “rojos” y por tener una hija en Rusia, pero como tenía grandes amigos, y además sabían que era un hombre honesto e incapaz de hacer daño a nadie, salió a la calle.

3.

Se subió un día de junio de 1937 en “El Habana” y su vida cambió para siempre. Se despidió de los padres y de la tía abuela. La organización de todo corrió a cargo del Gobierno Vasco. Se abrieron unas listas para que se apuntaran los quisieran partir. Muchos padres apuntaron a sus hijos, pues veían en ello la única forma de supervivencia. Concha fue a través de la “Asociación de Mujeres Socialistas”.

Lo primero que vio cuando subió al barco fue un montón de niños, muchos de ellos llorando. La mayoría eran niños pequeños y algunas, las más mayorcitas como Concha, iban de educadoras. Se pasaron casi todo el viaje en la bodega, pues no se podía dejar subir a los niños a cubierta para evitar un percance. Los cocineros y el personal eran casi todos chinos. Aquello fue el primer susto, pues no les entendían nada. Además según las películas de la época, éstos siempre eran los malos y los traidores... Les preparaban unos perolos de comida enormes y niños tiraban la mitad por los suelos. Conchita junto con una muchacha llamada Leonor, de Aranguren, a la que luego les unió una gran amistad, se pasaban el día barriendo los suelos y fregando inmensas pilas de platos con agua y estropajo, pues carecían de jabón. Al salir casi de aguas españolas, les apareció el “Cervera”, pero como iban acompañados de barcos franceses, se retiró.

Llegaron a Francia y no dejaron bajar a nadie. Solamente podrían hacerlo si aceptaban ir escoltados por un gendarme, pero nadie aceptó. La gente les tiraba panecillos, fruta, y los niños los cogían del suelo. Fue allí donde se hizo el reparto de los que marchaban hacía Rusia o hacía otros destinos. Los niños emigrados a Rusia se estiman en unos 1487². Se montaron en un barco mejor,

² Onaindia, A.: *Hombre de Paz en la guerra*, Buenos Aires, 1973, pp 289 en *La Vida Cotidiana en Bilbao, durante la Guerra Civil*.

con tripulación rusa y viajaron muy bien. Su destino fue Jersón. Aquí había una casa de niños pequeña, en la que casi todos eran del País Vasco y las educadoras también. Les recibieron con una banda de música, flores, discursos e incluso llegaron a ponerles una traductora. A los niños les colmaron de juguetes y comida, pues tenían la idea de que habían pasado mucha hambre. Cuando salían de paseo la gente les hacía entrar en sus casas y les daba de comer, y como no entendían el idioma no les quedaba mas remedio que dejarse llevar.

4.

Estas casas de niños estaban ubicadas en edificios muchas veces señoriales y de gran valor arquitectónico. En éstas, los niños españoles vivían bajo régimen de internado y estaban tuteladas por educadoras y personal auxiliar ruso y español.

Enseguida, al mes siguiente organizaron una escuela. Las educadoras españolas decían que los niños tenían que estudiar su lengua, aunque sólo fuera para poderse escribir con sus padres. Ellas fueron sus primeras profesoras y aunque algunas no tenían demasiada cultura, pues procedían de clases muy humildes, la buena voluntad y algún periódico o revista que llevaron de España sirvió para dar los primeros pasos en lecto-escritura castellana. Los niños poco a poco, iban aprendiendo el español.

Al año siguiente, en 1938, llegaron los maestros ya titulados. Eran casi todos catalanes y venían de campos de concentración de Francia. Fue entonces cuando les hicieron libros en castellano de todas las materias y así la escuela empezó a funcionar con normalidad. Concha se quedó de profesora de los más pequeños y las demás se quedaron de apoyo, de educadoras. A los niños también se les ofrecían otra serie de actividades culturales mas allá de las puramente académicas, como son: manualidades, clases de ballet, instrumentos e incluso llegaron a organizar un coro al que Concha acompañaban con el piano. Iban también al teatro, al circo...Lo tenían todo muy bien organizado y se puede decir que los niños fueron felices allí. También se preocupaban de mandar fotos de los niños a los padres españoles, fotos que ellas mismas hacían y en las que les ponían “sus mejores galas” para alegrar la vida de sus familias.

En verano, la escuela se trasladaba a la orilla del mar. Se denominaba entonces la colonia de verano. Por la noche se reunían en la habitación de las profesoras y en una gran radio de barco, oían las noticias procedentes de España. Fue así como se enteraron de que había caído Bilbao y aunque intentaron que los niños no se enteraran, entre tanto llanto, la noticia corrió como la pólvora. Los rusos ya no sabían ni a quién consolar. La vuelta se veía entonces mucho más lejana y casi todos sentían temor por su familia.

5.

Concha se casó con uno de los maestros catalanes, Ricardo Cucala y tuvieron una niña. Era la mascota de la colonia y de todo el pueblo, pues era la primera española en nacer allí. La niña acostumbrada a tanta gente, era muy simpática y sociable y los tenía a todos enamorados. Empezó la guerra en Rusia, con el ataque del ejército alemán y la colonia tuvo que evacuar. Se fueron al Caucaso, a las montañas, y pasaron algún tiempo, pero de nuevo tuvieron que marchar. Luego fue todo un continuo huir, en trenes, carro, a pie... kilómetros y kilómetros. Concha para entonces estaba embarazada de nuevo de su segundo hijo. No tenían comida y se alimentaban solamente de pan, algún guiso de patatas y lo que buenamente encontraban en el camino, como moras, lo cual luego les producía dolor de tripas. La niña enfermó. Tenía disentería y carecían de medicinas. Bueno, alguien sí la tenía, pero como todos sabemos, en tiempo de guerra, todo tiene un precio. Se le pidió un precio tan alto, que Concha y sus compañeros nada podían hacer para juntar la cantidad requerida. En un tren llegaron a Samarcanda, donde había un hospital, pero ya era tarde. La niña murió. Una semana después Concha dio a luz al hijo varón que estaba esperando. El niño nació en plena calle, su padre le recogió con su camisa y en un carronato se lo llevó hacia el hospital. Pero la huida no cesaba, pues los alemanes les iban pisando los talones y esta vez llegaron a Basquiria. Aquí hacía muchísimo frío y de nuevo la tragedia llamó a su puerta. El bebé, con ocho meses ya, murió de pulmonía. El marido, mi abuelo, se alistó en el ejército y Concha quedó sola. Sola en una colonia de españoles, procedentes de diferentes regiones. Allí había muchas mujeres con sus hijos. La vida allí era difícil. Unas compañeras más amables le hicieron hueco en su habitación, donde pusieron una cama más. Aquello era internacional, pues había gente de todos los países que también había emigrado.

Concha no tenía trabajo y tenía que buscarse la vida. Como siempre había tenido afición a coser y hacer punto, empezó a coser por las casas y hacer arreglos a cambio de un plato de comida y algo de dinero. La mayoría de sus clientes eran generales de la República, que estaban allí con sus familias, y la trataban bastante bien. Salvo algunos, que reñían a su mujer por dejarle usar su cuarto de baño u otros que le daban de comer en la cocina y le mandaban limpiar, a cambio del mismo dinero pactado por el arreglo o confección de la ropa. Al final lo dejó y junto con unas cuantas compañeras se organizaron para hacer jerséis. Deshacían los viejos y confeccionaban nuevos, y así poco a poco, fueron pasando los días. Días de racionamiento y miedo, pues además de los alemanes, tenían a los ladrones detrás, siempre dispuestos a matar por un mendrugo de pan. Trabajó también en una sastrería y en mil cosas, hasta que al final de la guerra su marido se la pudo llevar a Moscú.

Vivía en las afueras, en una casa alquilada cuya dueña era una abuelita, donde tenía que cortar leña para cocinar o donde le tocaba dormir en casa de la vecina porque la abuelita había cogido una buena borrachera y no la dejaba

entrar. Trabajó en una cooperativa como maestra tejedora. Al cabo del tiempo la abuelita que le alquilaba el piso murió y su marido le buscó una nueva residencia. Esta vez, en el mismo centro de Moscú, en un hotel habilitado para refugiados. Para entonces Concha estaba embarazada de su tercera hija. A este hotel lo llamaban “*la sociedad de naciones*” y para ella fue un lujo, pues disponían de grandes habitaciones con dos camas, armario y mesilla. La cocina era común para todo el pasillo y el WC, con lavabo, también. Aquí fue donde conoció a Alberto Sánchez, el pintor, junto con su mujer e hijo a los que le unió una gran amistad. Gracias a ellos conoció a personajes como Nikita Mijalcov (escritor), Cenchalovski, Pablo Neruda... Allí vivían personajes pintorescos y de cierta relevancia política, junto con gente corriente.

En diciembre de 1945 nació su tercera hija. Su marido estaba en el cuartel y más tarde pasó a la escuela política. Un día de marzo le dijo que envolviera a la niña y salieron a dar un paseo. Fue entonces cuando le dio la noticia de que al día siguiente marcharía fuera. ¿Dónde? ¿por cuánto tiempo?, no se sabía. No llores, le pidió, pues nadie se debe enterar. De nuevo se encontró sola y sin trabajo, pues la cooperativa donde trabajaba se disolvió. Por estar su marido fuera, recibió una especie de pensión, pero todo estaba carísimo y era muy difícil vivir y de nuevo, se tuvo que poner a hacer punto. Cuando su hija cumplió cuatro años le dieron un apartamento pequeño para ellas solas, en el mismo hotel. Llevó entonces a la niña al jardín de infancia y buscó trabajo. Rodó por varios empleos provisionales hasta que finalmente se colocó de mecanógrafa en “Ediciones del Lenguas Extranjeras”. Se apuntó a clases de ruso y por las tardes iba al “Club de los españoles”, donde tenían coro, teatro etc. Las únicas noticias que tenía de su marido eran a través de “El Partido”. Un día supo que se encontraba en París y ya pudo tener una correspondencia un poco más fluida con él y con sus padres.

Después de la muerte de Stalin se reunió un congreso extraordinario, fue el congreso en el que Kruchov denunció el régimen establecido por Stalin. Ella estaba trabajando allí, pasando los discursos para los congresistas de América Latina. Estaba anonadada. Cada día cuando volvía a casa la vecina le decía ¿qué te pasa?, al ver su semblante, y ella tan solo podía responderle que era cansancio, cansancio propio de trabajar de noche. No se lo podía contar y aún así, nadie la creería.

6.

En marzo de 1953, tras la muerte de Stalin, se entablaron negociaciones para el regreso definitivo de los “niños de la guerra” que desearan volver³.

³ Pons Prades, Eduardo.: *Los niños republicanos en la guerra de España*, Oberon. Grupo Anaya, Madrid, 2004, pp. 43.

En 1954 empezó a oír a los chavales, los “ex niños”, que había movimiento para venir a España y fue entonces cuando comenzaron a preguntarse qué hacer. Los del partido decían que era una locura, que con Franco vivo nunca. Pero de repente, aquello fue como una compuerta rota, se desbordó, y empezaron los preparativos de las expediciones. Concha lo habló con su marido, y éste le aconsejó que se viniese y que aquí se reunirían. Con sus padres no se pudo comunicar, pues justo cuando tuvo todos los papeles, su marido estaba otra vez en el balneario (como llamaba él a la cárcel).

Llegaron a Castellón, y en el muelle se agolpaban los familiares. Uno que tenía un catalejo le dijo: -está tu hermano, es igualito que tú. Era cierto, estaba con su mujer, pues había oído las listas por la radio. Entre emoción, confusión y papeleos interminables, se fueron por fin hacía Bilbao. El viaje fue malo. Era la víspera de Navidad, y los trenes iban a tope, sucios, llenos de fardos... Acostumbrada a los trenes rusos, esto era deprimente.

Los niños y niñas que retornaron a España, se encontraron con un mundo muy diferente (...). Siempre arrastraron el estigma de ser hijos de “rojos” y sufrieron toda clase de discriminaciones y rechazos por ello⁴.

Llegaron a Bilbao un 22 de diciembre de 1956. Todo era gris, pequeño, como de otro mundo. En casa les esperaba la madre. Los niños de San Ildefonso estaban cantando la cantinela. La madre se había hecho muy mayor y estaba enferma. La casa estaba pintada oscura. Concha la recordaba luminosa, de colores amarillos... la moda, adujeron. Llegó su padre de trabajar... tanta y tanta emoción..., sus padres, su hermano, un sobrino... el momento soñado y en ese instante también la toma de conciencia de los ausentes. Fueron unas fiestas felices, todos juntos... Además, los padres tenían un buen vivir, pues el padre había alcanzado un buen puesto en el Banco... buenas amistades... pero enseguida, todo se derrumbó. La madre murió seis meses después, el padre se jubiló ese año y sólo le quedó una pequeña pensión. Los pequeños ahorros habían sido gastados para curar a su mujer a quien adoraba. Concha quería de nuevo ponerse a trabajar, pero no podía esta vez dejar sola a su hija de once años, y que no entendía ni hablaba español, a pesar de que ya le habían puesto un profesor para que lo aprendiese y pudiese entrar en el Instituto. Además, esperaba el regreso de su marido. Los amigos iban desapareciendo, pues nadie quería amigos “rojos”, no era cómodo y poco a poco, se fueron quedando solos. Se hubiera vuelto a la Unión Soviética en esos momentos, pero.... cómo iba a dejar a su padre ...

España en aquella época era triste, gris, aburrida, reprimida, hipócrita... todo había cambiado, pero para mal. Las calles estaban sucias y todo parecía

⁴ *Ibidem*

parado en el tiempo, pero no en el tiempo que ella recordaba. Dos años después vino su marido, no estuvo ni un año, pues no encontraba trabajo y se fue para Barcelona a trabajar con su cuñado. Desde allí, le dijo que su vida en común no era posible, demasiados años de separación. Años después él reconocía que también estaba desquiciado por el regreso, era todo tan difícil... Venían a visitarla los que fueron sus alumnos en la colonia y la mayoría no se llevaban bien con sus familias, eran tan diferentes... muchos de los llamados "repas" marchaban para Madrid o Barcelona y se reagrupaban entre ellos, pues eran más familia que la familia de sangre que tenían.

Concha cogió un curso de corte y confección por correspondencia y se puso a coser para no ser gravosa para su padre. La hija de Concha ingresó en el Instituto, y su vida poco a poco siguió adelante. Pasó muchas depresiones y horas de llanto, pero tenía espíritu luchador y siguió. Su niña se casó, tuvo nietos y juntas pudieron ver el día en el que murió Franco. Y lloró, pero no de tristeza, sino por los que no lo pudieron ver, su padre, su hermano... Cuando hubo elecciones quería que ganase la izquierda, pero no era afiliada a ningún partido, pues había llovido demasiado y había visto demasiado. Ya no creía en las personas. El Gobierno Vasco le concedió una pensión por los años trabajados en Rusia con los niños. A éste le estuvo siempre muy agradecida, porque aunque no era grande el importe de la misma, le permitió pasar tranquila sus últimos años. Siempre decía que eran los únicos que se preocupaban de su gente.

Hace tan solo dos años murió. Y como no me parece justo que el testimonio de una vida tan intensa se pierda, he querido hacerla este pequeño homenaje. Homenaje a ella y a tantos otros bilbaínos que como ella han visto su vida truncada, marcada por los horrores de una guerra y una posguerra cruel. Etapa que ha influido e influye en varias generaciones, la nuestra incluida, porque ¿cómo se puede olvidar todo esto? Es justo que se sepa, que se sepa a estas alturas la verdad y toda la verdad de tantas y tantas vidas anónimas, de tantas y tantas Conchas, que vivieron sus vidas truncadas por defender un mundo más justo, un mundo mejor. Ha llegado el momento de contarle y reivindicar la memoria histórica.

Apéndice documental y fotográfico



Fig. 1. Playa de Neguri 1931. La familia al completo.



Fig. 2. Maestro García Rivero, padrino de Concha.



Fig. 3. Concha con las educadoras rusas y niños vascos en la casa de niños.



Fig. 4. Concha con una educadora y un general ruso, 1937.

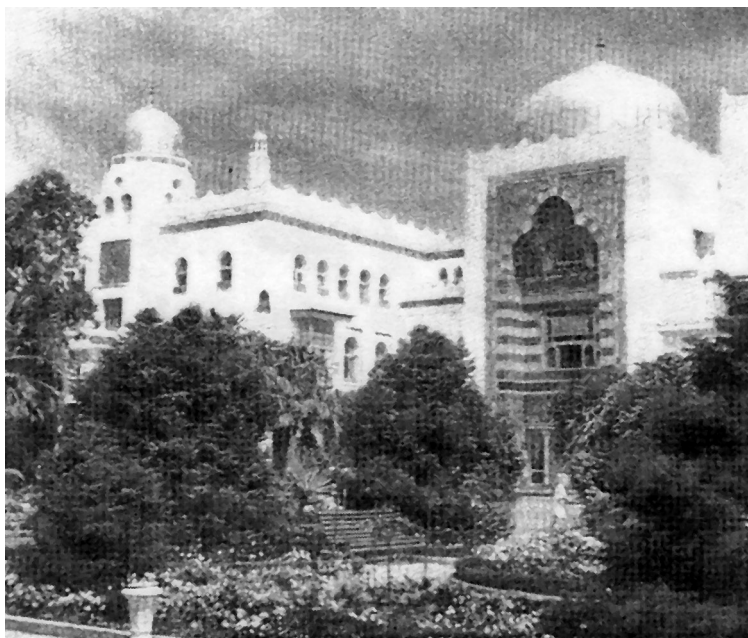


Fig. 5. Crimea, lugar de vacaciones de los niños vascos



Fig. 6. Casa de niños de Jerson



Fig. 7. Concha con dos alumnas en un periódico ruso de la época



Fig. 8. Coro de emigrados



Fig. 9. Jerson 1938. Educadoras vascas junto con niños españoles



Fig. 10. Jerson, los niños de la colonia



Fig. 11. Las cuatro educadoras vascas en Crimea



Fig. 12. La colonia pasando el verano en Crimea

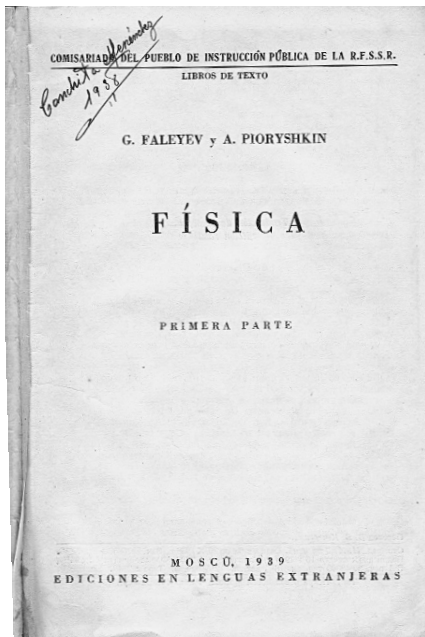


Fig. 13. Portada del libro de física para españoles

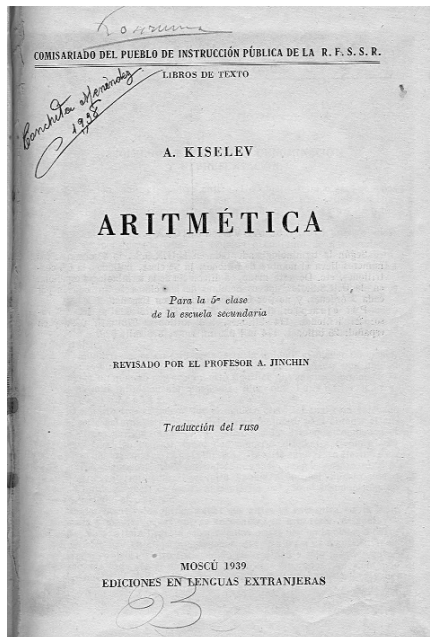


Fig. 14. Portada del libro de aritmética para españoles



Fig. 15. Billete de vuelta a España



Fig. 16. Documento Padrón Municipal de Bilbao, 1956



Fig. 17. Concha con sus alumnos, en Madrid 50 años después.

Bibliografía

- FLANDES, Gloria.: *La vida cotidiana en Bilbao durante la Guerra Civil*, Beca de Investigación 1987-1988
- NASH, Mary.: *Rojas. Las mujeres republicanas en la en la Guerra Civil*, Taurus, 1999.
- PONS PRADES, Eduardo.: *Los niños republicanos en la Guerra de España*, Oberon, Grupo Anaya, Madrid, 2004.
- SALAVERT, Juana.: *Hijas de la Ira. Vidas rotas por la Guerra Civil*, Plaza Janés, Barcelona, 2005
- VINYES, Ricard y OTROS.: *Los niños perdidos del franquismo*, Así Fue. La Historia Rescatada, TV Cataluña, Plaza Janes , 2002.